

mont, muy ocupado en el de su salvacion, abandona los otros á Peycourt, de quien está seguro como de sí mismo, y se ha puesto con la mas justa confianza en manos de su cura, quien le hace hacer una confesion general, llorando de júbilo por su conversion. Os escribo por los dos, puesto que él ha querido confiar á mi estos pormenores, y os ruego en su nombre y de mi parte, que pongais el colmo á vuestros cuidados, trazándonos por escrito los caractéres de una piedad sólida, y lo que es menester hacer para conseguirla y para perseverar en ella. Juntaremos esta carta con todas las otras; serán nuestro código de religion y de moral; las releerémos incesantemente, y siempre tendran para vuestros hijos un mérito, que nadie sino un padre podria darles.

### CARTA QUINCUAGESIMA OCTAVA.

#### EL MARQUEZ Á SUS HIJOS.

¡Hijos míos! ¡mis amados hijos! en quienes vivo, respiro; consuelo, hechizo de mis últimos años; oh! hijos míos, ¡puede uno experimentar los transportes que me causais, y no morir de sorpresa y de placer! ¡digna esposa! ¡hija mía! date prisa para venir á recoger en el seno de tu padre las lágrimas de alegría que le hacés derramar. ¡Mi querido hijo! abrevia con ella tu partida para gozar mis abrazos, y para que yo goce de los tuyos. ¡Dulces abrazos! ¡vivas conversaciones! ¡Podréis bastar á mi ternura? Deja, mi buen amigo, deja ese mundo tan poco digno de echarse ménos, y ven á tomar en el retiro todas las fuerzas que necesitarás un día para desafiarse con todos sus usos, con todos sus peligros; digamos mejor... para serle útil. Ven á ensayar aquí la virtud, el contento y la felicidad. Vas á pagarme con usura las inquietudes que me has causado. Eres pues de Dios sin reserva, le ofreces por tus

faltas el sacrificio del arrepentimiento y del amor; ¿podria no agradaarle?

¡O hijo mio! me pides por conducto de Emilia consejos propios para arreglar y alimentar en tí la piedad. ¡Y quien soy yo para instruirte en objetos tan elevados! un viejo niño que no puede balbutir contigo los primeros elementos de tal ciencia. No importa, mi propio guia, mi pastor va á ayudarme en obra tan grande; y en adelante la concluirá, conversando contigo, lo que el tuyo habrá tan felizmente comenzado. ¡Que estos ángeles de paz, estos dignos consoladores de los hombres [1], su refugio en sus penas, su sosten en sus debilidades, su recurso despues de sus extravios, sus guias y sus amigos fieles en las situaciones mas críticas de la vida, desempeñen respecto de nosotros un precioso ministerio! y cuando lo desempeñan dignamente, oh! ¡que bien merecen nuestra confianza y nuestros homenajes! Aquel que el cielo clemente nos ha dado, á mi y á todas las buenas gentes de nuestras cabañas, es su padre y el mio. Será el tuyo, hijo mio; y veré sin pena partir contigo este título tan lisonjero y tan dulce. Su alma tierna y sensible se abre á todas las especies de miseria; su caridad ingeniosa halla para todos los remedios necesarios. El mejor de los príncipes se quejaba de haber perdido un día; mi pastor me reprocharía haber pasado una hora, sin haber hecho bien. Si supieras, querido Valmont, cuanta parte ha tomado en mi pena, cuanto se ha interesado en tu conversion á Dios, cuantas luces me ha dado para atraerte é ilustrarte, no, no crearías nunca poder manifestarle demasiada ternura y gratitud. ¡Cuanto he bendecido al Señor por la eleccion que me ha hecho hacer cuando le nombré para mi cura! ¡Y que mal se conocen las ventajas de que uno se priva, y las cuentas de que se hace responsable, cuando se deja tal eleccion al favor ó á la casualidad!

Sostenido, guiado por sus lecciones, voy pues, hijo mio, á corresponder á tus deseos. Voy á ocu-

parme contigo en el objeto más interesante de que el hombre puede ocuparse, del único objeto que ofrece al alma un alimento digno de ella.

Si, hijo mio, el hombre ha sido hecho para la piedad, para la sólida piedad, y solo por que no se analizan los sentimientos de ella ni se conoce su excelencia, se atreve cierta especie de gentes á ridiculizar hasta su mismo nombre [2]. ¿Y qué cosa es la piedad, sino el culto del reconocimiento, del amor para con el mas amable y mas bienhechor de todos los seres? ¿para que mas noble fin ha sido puesto el hombre en la tierra, sino para servir de ministro y de intérprete á toda la naturaleza y celebrar al criador de ella? ¿quien goza mas que él todos los tesoros que ella contiene? ¿quien siente mejor todos sus trasportes, quien gusta mejor todos sus encantos? ¿y que ser en la tierra pagará este tributo de gloria al Ser supremo, si, á nombre de todas las criaturas, el hombre no lo glorifica? ¿Qué! ¿Nuestro corazon es capaz de amar, y le será permitido ser indiferente para con el autor de su existencia, para con quien nos ha hecho todo lo que somos, y que nos ha dado todo! ¿Qué! ¿la gratitud ha de ser la primera virtud de las almas bellas, el vínculo que une mas firmemente al deber por el sentimiento, el carácter esencial de los corazones bien formados, y solo para con Dios, para con el primero y mas grande de todos los bienhechores, nos será permitido ser ingratos! ¿Qué! propendemos á alabar, á bendecir, á honrar la bondad, la equidad, la sabiduría y todo lo que lleva un carácter de orden, de belleza, de perfeccion en nuestros semejantes, y no lo bendeciríamos en él ser soberanamente perfecto que lo es por si mismo! ¡Ah! nuestro corazon nos castigará por ello. ¿Cómo en efecto acontece, que, hablando en general, toda conversion sobre si, toda mira, todo sentimiento de interes, de ambicion, de orgullo, de envidia, de pasion, tienen alguna cosa de turbulento que inquieta y fatiga nuestra alma; y las conversiones hácia Dios, de

confianza, de resignacion, de ofrenda, de alabanza y de amor, tienen algo de tranquilo, de dulce y de consolador, que la pone como en su centro? No, solo amando bien á Dios se puede decir con verdad que el alimento, la vida, la dicha de un ser inteligente, es el amor [3].

¿Mas por que medida debe amarse? ¡Ah! No hay otra, decia una alma piadosa y tierna, que el amar sin medida. ¿No es así como el mismo nos ha amado? Y el cristiano que ya no mira en su Dios tan solo al dios de la naturaleza, sino al autor de la gracia, á un Dios que se ha manifestado bastantemente grande, bastantemente lleno de amor, bastantemente bueno para consentir que su Verbo se uniese á la naturaleza humana, para inmolarse en la persona de su Hijo por la salvacion de los hombres; para escogerse en él una víctima digna de su justicia, propia para servir de instrumento á su misericordia; el cristiano que no amase á un Dios como este de todo su corazon, con toda su alma, con todas sus fuerzas, ¿no sería el mas desnaturalizado de todos los seres? ¿no sería un monstruo? Mas si uno lo amase de este modo, es piadoso, es devoto, está uno consagrado á él, dedicado todo entero [4] [a]. Es decir, que sus intereses vienen á ser los nuestros; que su gloria sola nos toca y nos conmueve; que se le halla en todas partes y en todas sus obras, que se goza uno con enagenamiento en sus dones, por lo mismo que nos vienen de él; que está uno sumiso á las pruebas á que nos pone; que observa con cui-

[a] *Amar á Dios de todo su corazon, con todo su espíritu, con toda su alma, con todas sus fuerzas, y al prójimo como á si mismo* por amor de Dios (Marc, XII 31) no es un consejo, es un precepto; es el primer mandamiento de la ley; es el compendio de toda la moral evangélica, de todas las lecciones de nuestro Divino Maestro. ¡O vosotros que creéis en Jesucristo, y que sabeis que exige de vosotros tal amor, atreveos á decir que la devocion, que la piedad no es un deber!

dato sus preceptos; que tiene celo por su culto; que procura extender su nombre; que se anticipa en lo que puede agradarle; que escucha y sigue con alegría sus inspiraciones y sus consejos; que en todas las cosas no tienen mas voluntad que la suya.

¿Y qué sentimientos son mas propios para honrar á Dios, y mas dignos del hombre? ¿qué hay que pueda elevar mejor el alma y hacerla verdaderamente sublime? ¡Ah! hijo mio, si Dios existe, si con todas nuestras facultades somos obra suya, la piedad recta y sincera, mui léjos de ser una supersticion, una ridiculez ó una debilidad, es el primero de todos los deberes, y su divina llama es, despues de Dios, lo que hay mas grande en el cielo y en la tierra.

¡Desgraciadas, hijo mio, desgraciadas aquellas almas flacas y pusilánimes á quienes espanta solo el nombre de la devocion, á quienes el menor obstáculo detiene, á quienes el mas leve sacrificio asusta! ¡Desgraciados aquellos medio cristianos, cuya religion es una rutina, cuyo culto es una ceremonia, que honran con los lábios al que solo se honra dignamente con el corazon! ¡Desgraciados aquellos hombres que creen de un modo y obran de otro [5]; que desmienten su creencia con su conducta; que con sus obras hacen blasfemar de su fe; que están apegados al mundo, al tiempo, á la tierra, á la vez que hacen profesion de tener á Jesucristo por gefe y por modelo, la eternidad por fin, el cielo por patria; y que hacen así del Evangelio de salvacion, el objeto de su juicio y de su reprobacion! ¡Desgraciados, desgraciados en fin aquellos cristianos de nombre, contenidos ó exitados tan solo por el temor; casi siempre mas acá de la ley, para no estar á riesgo de hacer mas de lo que manda; que racionan, andan con ambigüedades acerca del precepto, para dispensarse de cumplirlo; que miden, comparan su mas ó ménos fidelidad por solo el peligro de perderse; esclavos bajo el imperio de un

señor, y nunca hijos bien inclinados bajo la dulce ley de un padre! ¡Oh! arrastran el yugo del señor, que no tienen fuerza para llevar; sus prácticas muertas y estériles, porque no son vivificadas por el amor, forman en torno de ellos un círculo trabajoso y penoso que vanamente se fatigan en recorrer. Sin pertenecer, hablando propiamente, ni á Dios, ni al mundo, son un objeto de horror para el uno y de burla para el otro; ni gustan las delicias de la religion, ni los deleites de la vida, y son á la par desgraciados por lo que se permiten y por lo que se niegan.

¡O cuanto es mas sabia el alma piadosa y fiel! Su fervor la sostiene y la anima; nada la molesta, nada la esclaviza, nada le parece difícil; hace las mayores cosas, y aún las halla pequeñas; adelanta siempre, y nunca se cansa, corre de virtud en virtud, y las prácticas de piedad, abrazadas con júbilo, mui léjos de parecerle una carga pesada, tienen para ella toda la dulzura del yugo amable de Jesucristo [a].

¡O hijo mio! sigue pues la noble carrera que se abre á tus deseos; inflámate por el objeto que merece mas inflamarte, y no te asemejes á esos adoradores sacriligos de la Divinidad, que profanan los bellos nombres de amor y de caridad, que osan decir, „amo... amo á Dios de todo mi corazon,” y que á cada momento le olvidan, pues solo se acuerdan de él para buscar pretextos de rebelarsele, para desconocerlo ó para ultrajarlo.

¿Mas que cosa debe inspirarte hácia á él una piedad sincera? Ya te lo he dicho, amado Valmont, debes sobre todo conducirte al cuidado de sus intereses y de su gloria. Es menester que esta gloria de tu Dios sea el móvil y la regla de todas tus acciones, como ha sido respecto de sí mismo el fin de todas sus obras [b]. Glorificar á Dios

[a] Ved mi yugo sobre vosotros... dijo el Salvador á sus discípulos; porque mi yugo es suave y mi carga ligera. (*Math XI*).

[b] Dios todo lo ha hecho para sí mismo (*Prov. 16*).

[a], glorificarle á nombre de Jesucristo [b], es la fuente de los méritos del hombre y del cristiano, el gran secreto de la religion, y lo único que puede hacer á tus menores acciones dignas de una recompensa eterna. ¿Y qué hay mas capaz de santificar y de ennoblecer que un fin semejante? Ella encierra eminentemente la constante pretension del mayor bien que puedes hacer, y el mejor uso de todas tus facultades: ella rectificará por sí misma tus juicios y tu conducta, si te acuerdas que la gloria de tu Dios no puede procurarse dignamente, sino por el cuidado que tengas en perfeccionarte de dia en dia, y por la mayor felicidad posible que te empeñarás á procurar á tus semejantes: ella te hará separar de las miras falsas, estrechaz y limitadas que inspiran el orgullo y las pasiones; de las miras serviles y destructoras de la ambicion, de las miras sombrías y obscuras de una política puramente humana; de las miras miserables y sórdidas de un interes personal y momentaneo; para hacerte concebir los designios mas vastos y mas generosos; para adherirte á un plan fijo de orden, de equidad y de beneficencia; para levantarte hasta los sacrificios mas magnánimos, cuando el interes de la verdad y el bien comun lo exijan: ella dará á tu alma una fuerza verdaderamente duradera, un valor que no se agote jamás: ella levantará su vuelo sublime hasta la Divinidad, y armará con las fuerzas del Omnipotente á esta alma toda entera; y le asegurará una gloria inmortal y una verdadera grandeza. Si, Valmont, si amas la gloria [6], si este fuego sagrado,

[a] „Sea que comais, sea que bebais, cualquiera cosa que hagais, hacedlo para gloria de Dios.”

[b] „Cualquiera cosa que hagais al hablar, al obrar, hacedlo en nombre de N. Sr. Jesucristo, dando gracias por él á Dios padre.” (Colos 3).

„Dando gracias en todo tiempo y por todas las cosas á Dios Padre, á nombre de N. Sr. Jesucristo.” (Efes. 5. 20).

[p] Dios todo lo ha hecho para si mismo (Prov. 16).

si este deseo inquieto de las almas bellas te devora, procura por lo ménos una que sea verdadera y que no pueda perecer; esta se halla solo en el celo por la gloria de Dios.

Sostenido por un motivo tan bello, guiado hácia un fin tan puro, juntarás á este primer principio de una verdadera y sólida piedad, la sumision plena de confianza que entraña, la conformidad con la voluntad del Altísimo. ¡Dichosa sumision! ¡Amable conformidad, que forma el carácter esencial del verdadero justo, y su felicidad aún en esta vida! Esta conformidad es la que pone la práctica de los deberes, mucho antes que la de las obras de simple consejo y supererogacion; la que entre las diferentes obligaciones de la vida civil, da el primer lugar á las que nuestro estado nos impone; la que tiene todo en orden, reduce todo á la verdad, guarda en todas la cosas el justo medio, y excluye á la par los abusos de la supersticion y los excesos de la singularidad [7]. Es la que nos pone á cubierto de la turbacion de los acontecimientos adversos, de los temores y de las inquietudes por el porvenir, de las quejas y murmuraciones de lo presente, de esas especies de blasfemia contra la Providencia, de esas desaprobaciones tácitas de la equidad, de la sabiduría y de la bondad del Todopoderoso [a]. Es la que nos hace gustar los frutos de la paciencia [b]; la que, sometiéndonos á las leyes del mas grande de todos los señores, nos hace descansar en paz en el seno del mejor de todos los padres; la que no permite que nuestras esperanzas queden frustradas,

[a] El cristiano verdadero no olvida estas bellas palabras de su divino Maestro. „No os inquieteis como los paganos; porque vuestro padre sabe vuestras necesidades. Buscad ante todas cosas el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura. (Math. 6)”

[b] La raíz de la paciencia es amarga, dijo un autor moderno; pero ¡qué dulces son sus frutos!

ni erremos en nuestros deseos; y la que siempre nos deja igualmente satisfechos, en cualquiera circunstancia.

Esta santa conformidad, vuelvo á decir, es la que no limitándose á prescribirnos el cumplimiento de los deberes mas esenciales, nos hace fieles aún en las cosas mas ligeras. ¿Qué digo? No nos permite distinguir, para la direccion de nuestra propia conducta, entre las faltas pequeñas y las grandes. Nada es leve para una alma cristiana, nada es ligero de cuanto puede ofender á su padre, á su amigo, á su Dios. La primera ley de un amor delicado y tierno, es no dejarse llevar jamas con reflexion á la mas pequeña falta: ¿y para quién, ó Dios mio, sería toda la delicadeza del sentimiento, si no fuera para vos? Por otra parte, amado Valmont, esta escrupulosa solicitud por no permitirse nada de lo que el amor nos veda, es lo que nos pone mas seguramente á cubierto de las recaídas, y la que nos conduce gradualmente á las mas elevadas virtudes. Porque es un oráculo del Salvador, „que quien es fiel en las cosas pequeñas lo será tambien en las grandes; y que quien al contrario, es infiel en las unas, lo será tambien en las otras [a].” *El que teme á Dios*, dice la Escritura, *nada desprecia*: con mayor razon el que le ama [b].

[a] San Luc. XVI, 10.

[b] Nada es mas necesario que una gran delicadeza de conciencia, para ponernos en lo sucesivo al abrigo de las ilusiones, de los crímenes, de la ceguera, del endurecimiento y de la impenitencia. Si no se pone mucho cuidado en formar y mantener en sí una conciencia fiel, exacta y tímida, muy bien podrá uno, conforme á los primeros principios de educacion, sentir horror por algun tiempo á ciertas faltas; pero en seguida se familiarará insensiblemente con ellas; luego habrá uno cometido el pecado con pena y con remordimiento; y muy pronto lo cometerá sin dolor.

„Ah! si el primer desorden, dice Rousseau, es penoso

¡O tú, hijo mio! ¿podrías ahora no conocer el precio de una vida toda pasada en esta constante fidelidad? ¿Podrías al ménos no empezar una época, para ella, en estos momentos de luz, en que el Dios de las misericordias se te manifiesta con todos sus atractivos; en estos momentos de gracia y reconciliacion, en que tan dichosamente te hace volver á entrar bajo su imperio? ¡Qué bella vida! que puede terminarse diciéndose á sí mismo; „Desde „que aprendí á conocer á mi Dios y á gustar su „dulzura, he tenido flaquezas, he cometido faltas, „pero se me han escapado, y ántes de cometerlas „no las veía: y si las hubiera previsto, si solamen- „te las hubiera sospechado, ¡ó Dios mio! mi cora- „zon me asegura consoladoramente, que no las „hubiera cometido.” ¡Dichosa muerte aquella, en que Dios acaba de perfeccionarlo todo con el completo sacrificio de nosotros mismos, de purificarlo todo con este último rasgo de su justicia, de perdonarlo todo por su clemencia, y en que uno puede poner así tranquilamente su alma en manos de su Criador!

Empero esta muerte tan preciosa supone que todo se ha hecho de nuestra parte, para satisfacer á medida de nuestras fuerzas á su gloria ultrajada. Hasta hoy, querido Valmont, tu has contraído deudas para con el Señor; y á la penitencia corresponde pagarlas. Un hombre Dios, víctima por tus pecados, dando mérito á tu arrepentimiento, precio á la reparacion de tus culpas, no por eso te ha dispensado de repararlas. Miembros de este

y lento, ¡qué prontos y fáciles son los otros! Prestigio de las pasiones, así fascinas la razon, engañas á la virtud y cambias la naturaleza ántes que uno lo advierta. Uno se extravía en un momento de la vida, se aparta un solo paso del camino recto: inmediatamente una pendiente inevitable nos arrastra y nos pierde: al fin cae uno en el abismo, y despierta uno espantado de hallarse cubierto de crímenes con un corazón nacido para la virtud.”

angusto gafe, es menester que cumplas en tí; lo que, no de su parte sino de la tuya, falta á sus padecimientos [a]. Los santos rigores de la penitencia, tan escarñeados por la falsa sabiduría y por la prudencia de la carne, están consagrados en el tribunal de la razón misma; lo están por la voz de la conciencia y por el clamor de la naturaleza. En efecto, todos los hombres, en todas partes y en todo tiempo, por un instinto natural, han respetado los derechos de la justicia divina, violados por el pecado, y el cuidado que se tiene de satisfacerlos. En donde quiera, este cuidado de vengar en sí á la divinidad ofendida por nuestros crímenes, mal que nos pese, se atrae la veneración mas profunda; y la penitencia de tal suerte ha parecido una ley del cielo y del amor, que ningún pueblo reputó por santos en su religion, sino á los que se habian mostrado penitentes.

No ignoro sin embargo cuan comunes son en esto los abusos, y cuan frecuentes los excesos. Yo sé distinguir la locura endemoniada y cruel del Bonso y del Faki, la hipócrita vanidad del Dervis, la afectación y los exteriores de la Reforma protestante [8], de la humilde y prudente austeridad de una penitencia verdaderamente religiosa, cristiana y racional. Sé cuales son los límites que ha puesto la religion [9]; pero respetando estos límites, respetando una salud, unas fuerzas, una vida que no nos pertenecen, se tambien cuan santos son los rigores de la penitencia, cuan justos y necesarios [b]. Además, hijo mio, la mortificación cristiana infunde al alma una fuerza y un

[a] San Pabl., Colos. I, 24.  
 [b] „Desgraciada de tí, Corosain! exclama el Salvador; desgraciada de tí, Bethsaida! porque si los milagros que se han obrado en medio de vosotros, hubieran sido hechos en Tiro y en Sidon, tiempo hace que hubieran hecho penitencia con el cilicio y la ceniza.” (San Math. 11) „Yo castigo mi cuerpo, y lo reduzco á servidumbre, dice

vigor, que sin ella es como imposible adquirir. Quien se creyese con derecho de satisfacerse en todas las cosas inocentes y permitidas, fácilmente correria riesgo de ser muy débil en las ocasiones importantes, para poderse negar aun las cosas que le fueran prohibidas. Tal es el oráculo del sabio: „Si concedéis á vuestra alma todo lo que los sentidos le piden, os pedirá muy pronto la alegría de vuestro enemigo [a].” Tal es tambien la máxima del Apostol: „Mortificad vuestros miembros... llevando sin cesar en vuestro cuerpo la mortificación de Jesucristo, para que su vida se dé á conocer en nosotros [b].”

Pero, hijo mio, la verdadera piedad, haciéndonos severos con nosotros mismos, nos hace buenos, indulgentes, caritativos para con los demas. Léjos de ella esa excesiva rigidez, esa virtud salvaje, esa dureza de carácter que deshonra, que hace blasfemar de la devoción. Léjos de ella ese orgullo farisaico, esa complacencia secreta que hace decir al falso justo reprobado por Jesucristo: „yo no soy como los demas hombres.” Léjos de ella esas vacilaciones del humor y del temperamento, tan contrarias al espíritu del Evangelio; esas sensibilidades de un amor propio siempre exigente, siempre inquieto, que de todo se ofende, que por todo se irrita, y al que nada calma ni aplaca; aquel espíritu puntilloso y celoso, implacable en sus odios y en sus venganzas; aquel espíritu cáustico y mordaz [c], siempre pronto á juzgar, á censurar y á

el grande Apostol, para que habiendo predicado á los demas, no sea yo reprobado en mí mismo.” (Cor. I, 9.)

[a] Ecl. 18. 31.

[b] Colos. III, 5 y 6. Cor. IV, 10.

[c] La propensión á criticar y murmurar, casi siempre va con la falsa piedad. La maledicencia, tan abominable á los ojos de la divinidad, en los que caen en ella y en los que la escuchan, es horrorosa aun á las gentes del mundo, en quienes queda todavía cierta virtud moral. En efecto, ella es peste de la sociedad;

reprender; aquella inflexibilidad en la conducta, aquella pertinacia en las opiniones, de que frecuentemente nace el menosprecio de las mas legítimas y mas santas autoridades. Léjos de ella una vida osiosa y estéril, tan altamente condenada por nuestro divino Maestro; el ocuparnos únicamente de nosotros mismos; una especie de apatía, de insensibilidad por cualquiera otro interes que no sea nuestro; una estúpida y bárbara indiferencia con las necesidades de los desgraciados... que no piensan como nosotros. Tales son, hijo mio, los tristes caracteres de esa falsa devocion que desacredita la verdadera [10]. Ósase confundirla, lo mismo que las vanas formulas en que se apoya, con un sentimiento que es el mas bello don del cielo, objeto de las complacencias del Altísimo, el espíritu de la religion y la gloria de la humanidad. Trátase la piedad como se trataría en el mundo á un hombre de bien, que por accidente ó por violencia, se hallase mezclado y confundido con una chusma de criminales [11]. No obstante, la piedad reclama llorando sus derechos y los de la divinidad á quien se ultraja; gime, habla por sus hijos; nos los manifiesta ménos esparsidos, ménos puestos á las miradas de los hombres, que cuanto lo estan aquellos por quienes la juzgan y la condenan, pero dedicada en secreto y sin ostentacion, á la práctica de las mas amables y de las mas altas virtudes. La caridad mas compasiva y mas tierna es el alma de sus afectos y de sus acciones: ven á todos los hombres como hermanos; ven en ellos al mismo Dios que los ha criado á su imágen, y al hijo de Dios que los ha rescatado con

es el vicio mas funesto en sus consecuencias, mas difícil de reparar en sus resultados. Ah! ¿qué cosa mas mortífera que una mordacidad? Además, tráigase á la memoria que la aplicacion del ridiculo, hace á veces mayor mal que aun la imputacion de un defecto considerable. Bacon, dijo en cierta parte, hablando de la sátira: „La buena sal no es amarga.”

su sangre. Soportan sus flaquezas y sus errores; perdonan su injusticia, vuelan á su socorro; los alivian sin excepcion de rango ó de persona, y se inmolan por sus necesidades. Se consideran como deudores de aquellos á quienes obligan. No se abrogan ninguna especie de imperio; ponen la persuacion en su vez de la violencia y de la autoridad. Son afables sin procurar parecerlo. Por esfuerzos continuos sobre sí mismo mandan á sus pasiones y á su corazón. Adquieren un carácter feliz, un humor igual, una dulzura constante. Son humildes y pequeños á sus propios ojos; pero son grandes á los ojos del verdadero sabio, y mas grandes aún á los ojos del Señor. ¡Amable dulzura! ¡preciosa humildad! ¡Caridad santa! Vosotros formais en efecto los caracteres distintivos de la verdadera piedad. ¡Y cuán augustos son estos caracteres! ¡Qué bien merecen nuestros homenajes! La dulzura adquirida por el hábito es el hechizo mas verdadero; es á la virtud, lo que el pulimento es al diamante, realza su belleza y le da todo su brillo. La humildad, que la produce y la acompaña, fuente de los verdaderos méritos y basa esencial en que reposa, es la sal de la sabiduría y el heroísmo de la virtud. Ella aprecia al hombre en lo que vale por sí mismo; le remite á su origen, le manifiesta su nada, y le hace conocer su impotencia y su miseria; lo eleva despues hasta su criador, y lo enseña á buscar en él su fuerza y su grandeza. El alma, humilde, pequeña y débil en su fondo, se hace grande y fuerte por aquel en quien se apoya. Sin presuncion, como sin pusilanimidad y sin bajeza, cree que nada puede por su propia energia, y que todo lo puede por su Dios. De él recibe una luz viva y segura, una gracia pujante y victoriosa [a], que la eleva sobre todas las pomposas quimeras del orgullo y de la vanidad; no se la ve arrastrarse delante del

[a] Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes. (Santiago, 4, 6.)

favor; ni sigue como esclava la brillante carrera de la fortuna; ni se deja ofuscar por el falso brillo de las grandezas humanas; la verdad y la justicia, forman su mas rico heredamiento. Sus mas hermosas victorias son las que consigue contra nosotros mismos: el mas verdadero y mas fácil contra todos los triunfos, es el que la humildad alcanza sobre el amor propio. Esta virtud, tan digna de nuestros votos y de nuestros esfuerzos, esencialmente contribuye á la felicidad del hombre, aún acá en la tierra. Ella nos libra de los tormentos casi continuos que experimenta un corazón vano y soberbio [a]; nos hace ménos sensibles los abatimientos, las contradicciones; muchas veces nos los evita, porque la humildad nos preserva bien de las humillaciones. La paz es el fruto de sus combates y el premio de sus victorias.

„Aprended de mí, dijo el hijo de Dios (Math, 11, 29), hecho hombre para servirnos de modelo, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo de vuestras almas (12).”  
Si estos caracteres de la verdadera piedad, tales como nos los trazan la religión cristiana y el ejemplo de los verdaderos justos, no se hallan en todos los que hacen profesion de ser devotos, ¡ó hijo mio! cúlpese solo á estos, y no á esta piedad que

[a] „La vanidad del hombre es la fuente de sus mayores penas, y nadie hay tan perfecto y tan celebrado, á quien no cause mas pesares todavía que placeres.—Si la vanidad hizo alguna vez un dichoso en la tierra, ciertamente que este dichoso no era mas que un necio. (Rousseau).”

Efectivamente, la vanidad es el amor desarreglado de nosotros mismos, que haciéndonos aún mas sensibles á las distinciones y consideraciones que se nos niegan, que á las que se nos conceden, agriándonos, rebelándonos á la menor contradicción como á la menor ofensa, nos llena cada momento de disgustos y amarguras; es la causa mas ordinaria de nuestros impetus y de nuestros furiosos.

los desaprueba, los reprende, los condena y los reforma cuanto está de su parte [a]. Quitada estas almas piadosas bajo algun aspecto, pero muy poco ilustradas en su piedad y muy imperfectas, quitadas este sentimiento de religion que las contiene, y entonces conoceréis lo que es el hombre abandonado al fuego de sus pasiones y á la impetuosidad de su carácter: apesar de su devoción era vivo, y lo veréis arrebatado y furioso; era sensible y puntilloso, lo veréis fiero y arrogante; era rígido y severo, y lo veréis cruel y desnaturalizado. ¡Mundo injusto y extravagante, si hubiera estado sin ley, sin freno, sin religion como tú, le hubieras perdonado sus defectos; y porque se empeña en hacerse piadoso y fiel, no te dignas ni aún de excusar sus flaquezas [13]!

Dejemos, amigo mio, dejemos al mundo dirigir invectivas contra la piedad; y trabajando por formarla en nosotros, pongamos todo nuestro esmero en hacerla sólida y exenta de reproche. ¿Mas qué se necesita para alcanzarla y perseverar en ella? Jesucristo nos lo ha dicho en dos palabras „vigilad y orad.” ¡Ah! sin duda Dios conoce nuestros males, ve nuestras miserias; y para aliviarlas no necesita de nuestras oraciones: mas para dispensarnos de hacerlas, hijo mio, ¿hay un argumento mas débil? Dios quiere que oremos, que supliquemos, que instemos á él, porque no quiere que olvidemos nuestra dependencia, que perdamos de vista el homenaje que le debemos y los derechos que tiene sobre nosotros. Dios se debe á sí mismo la confesión que le hacemos de nuestra impotencia, el tributo de nuestras alabanzas, y es justicia en él exigirnoslo. El nos asegura un remedio poderoso contra nuestra flaqueza, en el sentimiento que quiere conservemos de él; y á nuestro interés con

(a) „El amor propio es origen de esa liga impura que se halla tanto aun en la piedad; lo que ha hecho decir tan acertadamente, que, „donde quiera que Dios tiene una Iglesia, el diablo quiere tener una capilla.”